

neles Segura, Campos y otros jefes y oficiales, unos solos y otros con algunos pocos soldados que habían podido reunir. El Emperador esperaba con impaciencia la llegada del general Don Miguel Miramón. A él únicamente aguardaba para acometer por una de las líneas de los sitiadores y abrirse paso. Cada vez que se veía á cierta distancia alguna corta fuerza de imperialistas que llegaba al Cerro, le decía á Pradillo: "Vea V. si en el grupo que viene allí se distingue á Miguel: solo á él espero: no quiero serle inconsecuente." En aquellos momentos llegó el regimiento de la "Emperatriz," llevando á su frente al coronel Don Pedro A. González González le comunicó entonces una noticia que conmovió profundamente al Emperador. La noticia fué que Miramón había sido herido, y que se le operaba en aquellos momentos. El joven general había salido muy temprano de su casa y se dirigió hacia la Cruz, muy ageno de imaginarse siquiera que la posición había sido ocupada por fuerzas republicanas, cuando al pasar por la plaza de San Francisco encontró á un oficial de la escolta del Emperador que se dirigía corriendo al Cerro de las Campanas. "Mi general, dijo á Miramón deteniéndose un instante, nos han vendido: la Cruz está en poder de los republicanos" Miramón sacó su pistola de seis tiros y se dirigió hácia la Cruz seguido de sus ayudantes. No bien había andado algunos pasos cuando se encontró con un destacamento republicano, cuyo oficial, adelantándose rápidamente, disparó sobre Miramón varios balazos con una pistola giratoria de ocho tiros. Una de las balas fué á dar en el pecho al ayudante Ordoñez; que cayó muerto. Miramón recibió un balazo en la mejilla derecha. viendo que la sangre corría en abundancia de su mejilla, sacó un pañuelo y trató de contenerla. Entonces, disparando el último tiro, emprendió la retirada. con el fin de que se le detuviera la sangre recibiendo la primera curación en el instante, para marchar en seguida á reunir los soldados que pudiera y batirse, entró en la casa del médico Don José Licea.—La situación del Emperador y de los que habían logrado reunirse á él, era cada vez más crítica. Toda la fuerza reunida en el Cerro de las Campanas solo ascendía á ochocientos hombres. En seguida les ordenó (á Mejía y á Castillo) que entrasen á deliberar en una tienda de campaña que en el Cerro había.—Mientras los dos referidos generales. se ocupaban en ver lo que sería mas conveniente hacer, el Emperador. esperaba la determinación que tomasen los generales, paseándose solo en el recinto del reducto. Conociendo que. podría ser

hecho prisionero, se acercó al instruido abogado Don Ignacio Alvarez. á quien distinguía con su aprecio su leal Ministro Don Manuel García Aguirre, y le dijo: "Quisiera que me indicase V. como podría evitar que cayeran en poder de los republicanos mis condecoraciones, mi cartera, mi reloj y algunos otros objetos que traigo y deseo que no se pierdan.—Don Ignacio Alvarez le contestó: "Señor, el escribiente de Vuestra Magestad Don José Blasio podrá salvarlo todo. "Una granada cayó al terminar estas palabras á distancia de algunos pasos del Emperador y del que con él hablaba. El proyectil reventó, llenando de tierra á los dos, pero sin herir á ninguno de ellos. El Emperador sacó entonces de uno de los bolsillos de su sobretodo un paquetito de papeles y dió orden á su escribiente Don José Blasio y al capitán Fuerstenvaerther de que los quemasen en la tienda de campaña. Pronto aquellos pliegos fueron reducidos á cenizas, sin que nadie haya sabido lo que contenían." "Como no obstante haber enarbolado bandera blanca, los sitiadores continuaban lanzando una lluvia de balas de cañón y granadas del cerro de San Gregorio y otros puntos, sin duda porque no habían visto la señal, se colocaron otras varias sobre los parapetos del reducto. Entonces Maximiliano, acompañado de sus generales, jefes y oficiales, empezó á descender del Cerro de las Campanas para dirigirse á donde se hallaba el general Don Ramón Corona. En seguida un oficial francés llamado Félix d' Acis, preguntó al Emperador mirándole con altanería, si era Maximiliano. El Emperador. le respondió sonriendo desdeñosamente: "Con efecto, yo soy Maximiliano." Entonces el oficial francés descubriéndose la cabeza, dijo en tono enfático y tomando una actitud burlesca: "Maximiliano de Austria, yo te saludo." El Emperador le envió una mirada despreciativa y volviéndole la espalda etc. Cuando se hallaba cerca de la garita de Celaya, se detuvo, viendo que se dirigían á su encuentro. el segundo general en jefe. Corona, acompañado del general Cortina y de su estado mayor. Maximiliano indicó en seguida al general republicano que anhelaba hablarle aparte. En los momentos en que el ilustre prisionero iba á tomar la palabra, llegó á caballo un ayudante del general en jefe Don Mariano Escobedo, con orden de que se condujera á los prisioneros al cuartel general. Corona puso entonces á disposición del expresado ayudante á todos los jefes y oficiales imperialistas á excepción del Emperador; Mejía, Castillo, el príncipe de Salm Salm y. Pradillo. á quienes para que nadie pudiera ofenderles, quiso acompa-

ñarles él mismo. El ayudante de... Escobedo partió con los jefes y oficiales imperialistas... escoltando á los primeros una fuerza del regimiento de Cazadores de Galeana. Pocos instantes despues... Corona se dirigía con Maximiliano y sus cuatro leales adictos hacia la garita de San Pablo, por donde iba á su encuentro... Escobedo... Presentó á éste sus prisioneros, dándole cuenta de lo acontecido hasta aquel momento. Maximiliano al ser presentado á... Escobedo, se desciñó la espada y entregándola al jefe republicano, dijo con dignidad: "Ya soy prisionero de usted"... Escobedo tomó la espada y la dió al jefe de su estado mayor. En seguida dictó algunas disposiciones, y una parte de su escolta partió á poco llevando presos á Mejía, Castillo y... Pradillo, quedando (*con Escobedo*) el Emperador y el príncipe de Salm Salm... Encargó (*poco despues Escobedo*) al general Don Vicente Riva Palacio que condujese á Maximiliano al convento de la Cruz... Cuando llegó á la Cruz, el Emperador desmontó su caballo y se lo regaló á... Riva Palacio, como una manifestación de aprecio por las buenas cualidades que le distinguían... La pieza destinada para prisión de Maximiliano era la misma que le había servido de alojamiento; pero de ella había desaparecido todo, excepto su catre de campaña, una mesa y una silla. El egregio prisionero quedó solo en su prisión, entregado á sus pensamientos. En el corredor, frente al cuarto que ocupaba se colocó una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta, y otra fuerza se puso en una azotea que quedaba frente de la puerta en la otra extremidad. Los generales Don Tomás Mejía y Don Severo del Castillo fueron colocados en el cuarto del Dr. Basch... A Pradillo, al príncipe Salm, al secretario Don José Blasio y al Conde Pachta, se les puso en un cuarto al cual se entraba por la misma azotea que arriba dejo referida, de manera que, pasando por ella, podían comunicarse con el Emperador.—Eran entonces las diez de la mañana.—Entre los dignos jefes republicanos que le visitarón (*á Maximiliano*) se hallaban Don José Rincón Gallardo y su hermano Don Pedro... Estaba con el Emperador, en aquellos momentos, el príncipe de Salm Salm... Blasio y... Pradillo. En la conversación, uno de los oficiales republicanos refirió los pormenores con que había sido entregado el punto de la Cruz, haciendo saber á Maximiliano que quien había dado entrada á la fuerza sitiadora, era Don Miguel López."

Hasta aquí el historiador Zamacois; pero para completar su narración, y para el objeto de este libro, importa mucho que conozcamos algunos otros pormenores del acontecimiento his-

tórico que venimos detallando; pormenores que se hallan consignados en las "Memorias sobre Querétaro y Maximiliano," escritas por el príncipe don Félix de Salm Salm, y en la "Reseña Histórica de la formación y operaciones del Ejército del Norte," publicada por el historiador Don Juan de Dios Arias; y añadiremos los que me ha referido el coronel Don José M. Rincón Gallardo (1) en multitud de conferencias que con él he tenido.

Dice Salm Salm, en su obra citada (2), refiriéndose á la junta de guerra de los jefes sitiados verificada en la noche del 14 de Mayo: "Despues que se habían retirado los generales, mandó el Emperador por López, y le condecoró con la medalla al valor. A causa de qué ó por qué hechos, ha sido para mí un enigma. Cuando López se había ido, el Emperador me comunicó las resoluciones del consejo y agregó: "Se que vd. no se encuentra satisfecho con esta demora."

Conviene explicar, á qué demora se refiere aquí Maximiliano. En la junta que acababa de verificarse, se había acordado hacer el día siguiente una salida general, pero Maximiliano mandó suspender ese movimiento, por veinticuatro horas más. A este propósito, dice el Dr. Samuel Basch, en su obra "Maximiliano au Mexique," página 233: Aunque la suspensión había sido decidida desde las once, el Emperador no se acostó sino hasta la una. La agitación le impedía dormir. A las tres hizo que me llamasen."

Luego, comenzando á narrar la ocupación de la Cruz, dice el príncipe, refiriéndose á la madrugada del 15: "Repentinamente entró el coronel López á mi cuarto y dijo de un modo extraño y escitado:—¡Ponto! salve vd. la vida del Emperador; el enemigo está ya en la Cruz! Con esto desapareció sin dar más explicación ó aguardar más pregunta." Después, refiriendo la salida de Maximiliano del convento, con algunos jefes, entre ellos, él mismo, sigue diciendo: "Al salir del zaguán para dirigirnos por la plaza al cuartel de los húsares, algunos soldados del enemigo nos detuvieron. Involuntariamente alcé uno de los revolvers del Emperador, pero me hizo una seña, y lo bajé. Al mismo tiempo, dentro del enemigo salió López, y á su lado el coronel liberal Don José Rincón Gallardo. Este reconoció al Emperador, mas volviéndose á sus soldados dijo: "Que pasen; son paisanos." Los soldados se hicieron á un lado y pasamos el Emperador, Castillo, Pradillo y yo de riguroso uniforme, y Blasio el secretario de S. M."

(1) Así acostumbra firmar ahora.

(2) Págs. 167, 168, 170 y 171.

Por último, refiriéndose al momento en que Maximiliano y sus mencionados jefes, iban en camino á las Campanas, dice así: "Un momento después, llegó López á caballo y armado. Suplicó al Emperador se fuese á casa del Sr. Rubio, el banquero, á donde estaría enteramente seguro; pero la contestación que recibió fué:—Yo no me escondo!—López dió la vuelta y se fué. De repente, como salido de las entrañas de la tierra, se presentó el caballo pinto del Emperador en manos de su caballerango. Presumo que el mismo López le trajo allí, el que evidentemente no deseaba incluir en su traición la libertad y vida del Emperador. — Es extraño que ninguno de nosotros sospechara que López fuera traidor, aunque todos le habíamos visto al lado del coronel liberal, y estaba libre!"

El historiador Arias, narrando el mismo suceso, y llegando al momento de la rendición del Archiduque, dice así (1): "Maximiliano se convenció de que todo había terminado: arboló una bandera blanca: dió la orden de que cesaran los fuegos; hizo tocar parlamento, y envió á dos ó tres de sus ayudantes en busca del General en Jefe del ejército vencedor, para avisarle de su rendición. — Los parlamentarios, en sus respectivas direcciones, encontraron á los generales Ramón Corona y Aureliano Rivera, quienes instruidos de lo que se trataba, también mandaron suspender sus fuegos, y dar aviso al general Escobedo, que se hallaba recorriendo la extensa línea de ataque.—Antes de que este pudiese llegar, una fuerza imperialista, situada al pié del cerro, se desprendió en actitud de paz, hácia el punto en que se hallaba Corona, y uno de los oficiales que la mandaba, se acercó para decirle que Maximiliano tenía deseo de hablar con él.—Corona acompañado del general Cortina y de su Estado Mayor accediendo á la indicación del oficial, acudió al sitio en que el Archiduque le esperaba. Desde luego Maximiliano le manifestó, que ya no era Emperador, cuyo título había abdicado ante su Consejo de Gobierno en México.—Corona le contestó sin aspereza, diciéndole que esa cuestión no podía tratarse por él en aquellos momentos, pero le aseguró que tanto el mismo Maximiliano como los individuos que le rodeaban, tendrían las garantías suficientes para no ser molestados, esperando á que llegara el General en Jefe.—Pocos momentos después, el general Escobedo se presentó seguido de su Estado Mayor. Maximiliano se había adelantado á recibirlo, y tras un saludo grave, pero cortés, le indicó que deseaba hablarle en reserva. Escobedo se separó de su séquito para oír á Maximiliano. — El asunto era grave.

(1) Págs. 231, 232 y 233.

Maximiliano hacía la misma propuesta que había llevado López. "¿Me permitirá V., dijo, que custodiado por una escolta, marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver á México?—Escobedo le contestó lacónicamente: No me es permitido conceder lo que V. pide.—Entonces Maximiliano replicó: "Puesto que así es, yo espero que V. no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra."—Eso es V. mío, le respondió Escobedo. Entonces el Príncipe desciñéndose la espada, se la presentó, y el general hizo que la recibiese el jefe de su Estado Mayor."

Pradillo, el oficial de órdenes de Maximiliano, en su refutación á las memorias de Salm Salm, refiriéndose al momento de la rendición, dice, á la página 98: "El Emperador me tomó entonces del brazo manifestando á los generales que era preciso tomar una pronta determinación, para evitar mayores desgracias: y me ordenó que saliera á parlamentar con el general Escobedo bajo las bases siguientes: 1ª que si era necesaria alguna víctima, esa fuera él: 2ª que los individuos de su ejército fueran tratados con todas las consideraciones que merecían por su lealtad y valor: 3ª que las personas de su servidumbre particular no fuesen molestadas en manera alguna. Provisto de la insignia correspondiente, me dirigí á la población en busca del general Escobedo. Al llegar á la Cruz, ví á López en unión de muchos jefes y oficiales republicanos: montaba su caballo colorado, con el mismo equipo que acostumbraba usar, y nada revelaba que se encontrase en la situación de prisionero: al pasar cerca de él, volvió la cara para no mirarme. Me parece inútil referir mi entrevista con el señor Escobedo, así como el resultado de mi misión. Para concluir voy á relatar un hecho que confirma el infame proceder de López: "en una visita que los coroneles D. Pedro y D. José Rincón Gallardo hicieron al Emperador en la prisión de la Cruz, le refirieron los pormenores respecto á la manera con que López había entregado su línea: esta conversación la escucharon también el coronel Salm y D. José Blasio. Apelo si fuere necesario á la conocida caballería de los Sres. Rincón Gallardo."

Consignaré, por último, los pormenores que me ha referido en multitud de ocasiones, el coronel Don José M. Rincón Gallardo, que fué el jefe republicano primero y principal que ejecutó, casi por entero, y con un valor y audacia verdaderamente temerarios, aquel movimiento de la ocupación de la Cruz.

Me ha dicho este militar que en la noche del 14 de Mayo, recibió orden del general Vélez, de ocupar la Cruz, en la madrugada del día siguiente, con los cuerpos "Supremos Poderes" y "Nuevo León," que se pusieron á sus órdenes; debiendo hacer ese movimiento, al pié de la letra, cuanto le indicara un jefe imperialista, llamado Miguel López, que había de salir de la plaza, á aquella hora; advirtiéndole, además, que en todo obrara con la mayor cautela, para no ir á caer en una celada, que era muy de temerse. Que en efecto, á las primeras horas de la madrugada, salió el jefe imperialista López (1), y, acto continuo, emprendió su marcha el coronel republicano, con sus tropas, yendo acompañado por aquél. Que indicándole López entonces, que iban á penetrar al interior del convento, el coronel Rincón Gallardo, recordando la recomendación que había recibido, se contuvo un momento, para decir á su acompañante: que iba á penetrar con él y con sus tropas dentro del edificio; pero que si allí encontraba una celada, él y sus soldados morirían, pero que antes moriría el jefe imperialista; y diciendo esto lo asió del brazo, y le colocó la pistola amartillada por el cuello, para disparársela, y dejarlo muerto, al primer intento que contra él y sus tropas, viera. Que á esto le contestaba López, dándole mil seguridades de que nada sucedería; más como, una vez dentro, no viera el jefe republicano el peligro que temía, cesó de amenazar á López.

Siguieron marchando hácia el interior, y cuando llegaron á los puestos imperialistas, se fué efectuando la ocupación, sin resistencia ninguna; pues á proporción que López iba dando las órdenes convenientes á los destacamentos que los guarnecían, el coronel Rincón Gallardo se apresuraba á irlos ocupando, desde luego, con sus tropas, reduciendo á prisión á los soldados enemigos, con sus armas y bagajes. De este modo llegó á ser dueño de toda la fortaleza.

Como las cosas estaban allí sucediendo con vertiginosa rapidez, y las circunstancias no daban tiempo á meditar detenidamente las que mejor convendría obrar, sucedió que de repente apareció Maximiliano con sus acompañantes que iban á salir del convento. Al verlos venir López, dijo al coronel Rincón Gallardo: "Ahí viene el Emperador, déjelo ud. pasar." Por más que al jefe republicano causó grande extrañeza le indicara tal cosa López, pues lo natural era aprehender allí al jefe del ejército enemigo, con la rapidez del rayo pensó que

(1) El general imperialista Ramírez Arellano en su opúsculo "Últimas horas del Imperio," habla de las dos salidas de López: la primera para conferenciar con Escobedo, y la segunda para conducir á los republicanos y entregarles la Cruz.

debía obrar según las órdenes que había recibido, haciendo al pié de la letra lo que López le dijera, y viendo á la vez, que en todo aquello se estaba allí desarrollando un plan que iba saliendo divinamente, y que obrando en contrario á las indicaciones del jefe imperialista, hubiera tal vez hecho fracasar ese plan, casi inconscientemente dió la orden á sus soldados de abrir paso franco á aquellos personajes, pensando también que al cabo, si el caso era deberse capturar al Archiduque, ello sucedería en cualquier otro punto de la ciudad, que estaba cayendo en poder de los sitiadores, pues toda escapatoria para los imperialistas, parecía imposible, principalmente para el jefe de ellos.

Como en la ocupación de la Cruz, había empleado el jefe republicano la mayor parte de sus tropas, por los destacamentos que había ido dejando, fué luego á capturar una numerosa fuerza que se hallaba en la plazuela situada frente al convento (1), con los pocos soldados que le sobraban, pero siempre acompañado de López. Este dió, al jefe de aquella fuerza, la orden de rendirse; mas notando entonces el coronel Rincón Gallardo, que dicho jefe, lejos de obedecer la orden de su inmediato superior, tomó una actitud amenazadora como resuelto á oponerse, avanzó solo, ya que se veía con tan pocos soldados para someterlo por la fuerza, ó para resistir su ataque, y comenzó á arengarle aquella tropa, haciéndole ver lo inútil de su resistencia, desde el momento en que las alturas del edificio, estaban coronadas de tropas republicanas, á cuyas descargas sucumbirían todos ellos, en caso de hacer armas contra él y sus soldados. El momento era crítico; terrible allí la situación del jefe republicano (2). Mas vió luego que, á sus palabras, algunos soldados de aquella tropa, comenzaron á deponer las armas, y, á su ejemplo, los demás; el coronel Rincón Gallardo se apresuró entonces á tomarlos prisioneros.

Concluida la ocupación de la Cruz, marchó el mismo jefe, y siempre López á su lado, á apoderarse del convento de San Francisco, que logró de la misma manera; y cuando ya se vió dueño de esta segunda fortaleza, mandó echar las campanas á vuelo, en señal de triunfo.

Consumada la toma de la plaza, el coronel Rincón Gallardo, recibió un recado de Maximiliano, suplicándole pasara á verlo á su prisión. El jefe republicano acudió á aquel llama-

[1] Probablemente la misma que custodiaba la artillería allí formada, que refiere Zamacois.

[2] Es justo que digamos aquí, que, sólo su valor audaz y su serenidad, lo salvaron de aquel grande peligro.

do, y, á instancias del prisionero, le refirió los pormenores de la ocupación, no escaseando los denuestos contra López, por sus actos traidores, pues de tales los conceptuaba en ese acto; narración que escuchó el Archiduque, con la mayor calma, sin demostración alguna de enojo.

Así cayó la plaza de Querétaro. El conocimiento que hemos hecho de los detalles de ese grande acontecimiento, nos va á servir de mucho para el examen analítico de la cuestión histórica que vamos aquí á estudiar.



SEGUNDA PARTE.

CARACTER DE MAXIMILIANO.

II.

ESTUDIO SOBRE SU CARÁCTER POLÍTICO.

TENEMOS ahora necesidad de conocer al personaje que hemos visto en la parte anterior, caer prisionero con todos sus generales y tropas, en la memorable mañana del 15 de Mayo de 1867.

Nuestro estudio se limitará tan sólo al conocimiento de su carácter político, transcribiendo aquí únicamente lo que de él está escrito sobre el particular, en muchos documentos é historias, escritos varios de ellos, por personas de su bando y adictos á su persona; haciendo á la vez, las observaciones que vá pidiendo en cada caso, para que entonces podamos así consignar al fin de esta parte, un resumen del juicio que formamos, deducido de los datos que vamos á asentar.

No he de poder seguir en el hacinamiento de citas históricas que voy á hacer para dar á conocer á fondo el carácter político del encumbrado personaje que vamos á estudiar, un orden rigurosamente cronológico, de los incontables hechos que nos lo ponen de relieve; y por eso me veré precisado á exponer uno de época determinada, concordarlo con otro de otra muy anterior ó posterior; luego á retroceder y en seguida volver á avanzar. Pero sí los iré consignando, siquiera sea, en el orden en que los voy encontrando en las obras y documentos que consulto.